



ARTÍCULO PARA PADRES 38

Taller para padres

AUTORIDAD

La autoridad materna y paterna tiene una gran importancia en la constitución del comportamiento. Muchas veces sentimos que la autoridad es negativa, negadora y limitante del desarrollo; y aunque es verdad que mal ejercida es destructora, bien llevada es una herramienta fundamental.

Cuando un padre actúa, lo hace en “nombre” de algo que va más allá de ellos mismos pero que está en ellos plenamente encarnado. Como diría Freud, no son la Ley, pero la representan y en nombre de ella hablan. La autoridad es una manera de encontrar el propio eje, el propio sentir, apunta más a conducir que a dominar. Es una actitud amorosa y eficaz para la vida.

La autoridad no solo contiene al hijo, sino que también le abre las puertas al mundo. Consiste en la presencia de los padres que marcan el límite y ordenan un mundo que para los hijos es caótico e inabarcable. Abraza sin asfixiar y lo toma entre los brazos para sostenerlo, acompañarlo y encauzar sus pulsiones.

Existen ciertas rebeldías que, erróneamente, son percibidas como una negación de la autoridad paterna cuando, en verdad, son una rotunda aceptación de que existen. Los chicos buscan los límites, los contenidos y las fortalezas de esa autoridad, lejos de no reconocerla la ponen a prueba, la utilizan para el propio crecimiento.

En muchas ocasiones, el acto de rebelarse es un pedido para que la presencia emocional y la autoridad paterna o materna se ejerzan con convicción, particularmente en casos en los que el rol se cumple de manera vacilante, algo que suele crispas los nervios de los hijos.

En esa puja, los hijos encuentran al “otro” que está allí como una firme referencia, quienes tienen la atribución de marcar la cancha para contenerlos. Es mejor que los hijos tengan alguien contra quien pulsar para conocer que están acompañados, a que “ganen” contra la nada. Estos chicos, al no percibir a alguien que señale un espacio firme o que abrace poniendo límites y acompañe “tomándose el trabajo” de marcar la cancha, muchas veces buscan transgredir o generar situaciones difíciles porque tienen la esperanza de que, de esta manera, “levantando la apuesta” en algún momento sentirán la presencia del “otro”.

El “no” de los padres dicho con auténtica autoridad es, en verdad, un “sí” en sentido vital. Decirle al hijo que no queremos por nada del mundo que toque el enchufe o que cruce la calle es decirle que sí queremos que este bien y que, en el futuro, pueda enchufar artefactos y pueda cruzar calles para llegar al lugar que desee. Se le dice “no” en algunos momentos en los cuales su capacidad no ha madurado como para discernir al respecto.



CULPA

“Los padres son culpables de sentirse culpables”. Criamos en un clima de padres culpables y de hijos absueltos a priori. Y es cierto: los padres son culpables, culpables del miedo. El miedo a educar, a invadir la intimidad del libre crecimiento del hijo, el miedo a cercenar sus derechos de influir. Culpables de no ser padres o de serlos únicamente a la defensiva. Estamos maniatados por el NO – SABER – QUE – HACER. El miedo paraliza no le hace bien a nadie, tampoco a los hijos. Hay una sabiduría oculta en todos los padres, la cual solo es accesible cuando el miedo no avanza sobre la vida familiar de manera avasallante.

El miedo a fracasar, a la enfermedad, a no llegar a fin de mes, a los otros, a la sexualidad, a sí mismos, etc. parecería marcar el rumbo de nuestras vidas. El miedo no nutre, alarma; no genera, evita; no une, aísla; el miedo no alumbra la inteligencia, la disuelve.

El miedo irrumpe con su implacable lógica, el mal puede aparecer en cualquier momento, debemos estar siempre allí para evitarlo, es una tarea propia de un centinela perpetuo, un semi dios que vela por sus hijos a sol y sombra para evitar todo daño... Y, sobre todo, para evitar la crítica ajena, el estigma de ser “malos padres”, padres que no le dan “todo” a sus hijos, como si “todo” fuera también resignar la propia capacidad de respirar, de salir solos, de tener amigos... Se cierra así el círculo vicioso del sacrificio crónico de los padres, que luego quieren cobrar esa deuda a sus hijos. Pretenden recibir agradecimiento como retribución ante tanto sacrificio, ante tanto que dieron con el fin de ser “buenos padres”, de acuerdo con una idea estereotipada de lo que es “bueno” y no según lo que concierne a los hijos en cuestión. Y esos hijos, que no sienten gratitud, se cargan de culpa por no sentirla.

El sacrificio crónico de los padres alimenta culpa y angustias ya que no tiene nada que ver con la generosidad. Más de unos siente que criar hijos y gozar de la vida son cosas antagónicas y sin relación entre sí. El bien propio, la felicidad, la integridad, la dignidad y la plenitud con la que podamos vivir los padres, se vinculan con el bien de los hijos. Que los padres estén bien, le hace bien a sus hijos.

El miedo, cuando se vuelve crónico abraza todo y crea un discurso que anhela una seguridad imposible. Y como la seguridad absoluta no existe, ese anhelo insatisfecho choca con los hechos y realimenta el discurso del miedo, en un círculo vicioso en el que es difícil de liberarse. Al miedo no se lo combate, se lo ilumina con la energía de la confianza. No es la ausencia de males y peligros, sino la confianza en los recursos propios lo que permite a los padres vivir sin estar bajo la dictadura del miedo.

Es obvio que la vida implica peligros. La función de criar apunta a dos aspectos de esta realidad que actúan de manera interconectada: la acción de cuidar a los hijos por un lado y su fortalecimiento en función de una creciente autonomía por el otro. Dado que no pueden eliminarse todos los riesgos es necesario fortalecer a los hijos de manera simultánea al cuidado que se le dispensa, a fin de que cuente con sus propios recursos para atravesar las circunstancias



riesgosas de la vida. Acompañarlo no es evitarle los tropiezos sino estar “ahí”, con disponibilidad para ellos, dando cuenta de que no están solos. Esa conciencia de estar acompañados es esencial para que puedan atravesar con autonomía los obstáculos y los golpes que aparezcan en el camino. Acostumbrados a la idea de que los padres son “solucionadores o evitadores de dificultades” a veces cuesta reconocer que “acompañar” y no “salvar” es lo que fortalece a los chicos.

GENUINAS NECESIDADES DE LOS HIJOS

¿Seremos egoístas si nos vamos los dos solos un fin de semana de paseo? ¿Estará mal que me vaya a gimnasia o que me encuentre con amigas a tomar el té y deje de ver a mi hijo por unas horas? Tengo ganas de trabajar y temo perjudicar a mis hijos.

Hay un tiempo para cada cosa y discernir al respecto tiene que ver con el arte de la percepción. Para alcanzar esta capacidad de percibir la situación y decidir con acierto, es necesario estar libre de la idea de que un buen padre es el que sufre sacrificialmente, y también del pensamiento: “los hijos estorban nuestro desarrollo personal y cuanto menos tengamos que ocuparnos de ellos, mejor”.

A veces sentimos que “es bueno” dejar el cine para otro día porque nuestro hijo es pequeño y tiene fiebre. Otras veces, en general, cuando no hay problemas a la vista, sentimos que lo bueno es salir y dejar a los chicos a buen cuidado.

LA CONFIANZA Y LA INTUICIÓN

Criar sin miedo es criar en confianza. La confianza es una atmósfera, un clima anímico, un aire que ronda y oxigena las situaciones. No es un instrumento, es un estado previo a cualquier instrumentación. Que nutre todo lo que se hace y lo vitaliza al ofrecerle sentido. Decirlo es fácil, lo que se complica es respirar esa confianza y sintonizar con ella, sobre todo cuando el miedo acecha y se presenta como “lo razonable”. La confianza se vive como energía vital, que suele quedar bloqueada cuando nos aislamos o cuando interfieren ideas oscuras o sentimientos de los cuales estamos presos.

Se le dice a los padres que disfruten de la vida, ya que las ganas de vivir genera confianza y propician la inteligencia y la energía para vérselas con los problemas que puedan aparecer. La confianza es inteligente y no prescinde de la inteligencia; confiar es un acto que abre los ojos, no los cierra. La sugerencia es confiar en lo que percibe y en lo que se desea. Se trata de confiar en nuestro sentido en nuestro deseo y criterio.

La intuición es un modo de la inteligencia, una manera de organizar las percepciones con eficacia. Se vive en el cuerpo y desde allí llega a la palabra, al pensamiento y al acto, cuando se confía en ella. La intuición dicta la gran mayoría de las decisiones que toman los padres en la medida en que el canal de la percepción esté libre de miedo, prejuicios u otras distorsiones



Secretaría
GENERAL
DE LA GOBERNACIÓN

ENTRE
TODOS



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
CÓRDOBA

VAMOS
MÁS ALTO

posibles, así la intuición será nítida y eficaz para darnos pautas de que hacer, como evaluar las situaciones y la mejor actitud a tomar. Hay una inteligencia extraordinaria irremplazable en todos nosotros, de enorme eficacia, que a veces es descartada por la falta de confianza en ella. Se habla de saber oír y confiar en lo que nos dicta nuestra conciencia, iluminada por una buena percepción de lo que pasa y nos pasa.

Reunirse con otros padres para intercambiar ideas y para compartir estados de ánimos nutre la intuición, vivifica el propio criterio y abre la posibilidad de que cada madre y padre pueda encontrar su propia voz, esa voz tan esperada por los hijos.